



10 de julio de 1910. Primera manifestación feminista en España



Hoy, día 10 de julio de 1910, Una gran manifestación de mujeres, cuantificada en unas veinte o veintidós mil según algunas informaciones, se reunió en la plaza Urquinaona de Barcelona y comenzó una marcha que finalizó en el Gobierno Civil. Fue la primera gran marcha feminista ocurrida en España y marcó un antes y un después en la lucha por los derechos civiles de las mujeres que ya había comenzado en la segunda mitad del siglo XIX.

En esta entrada, tras las informaciones sobre la movilización de Barcelona, hablamos de dos mujeres, la que protagonizó la marcha, López de Ayala, pero sobre todo de una ausente, Rosario de Acuña, que estaba en esos momentos en Gijón, como leeréis aquí, y de la que tenemos mucha información gracias, sobre todo, a la generosidad de Macrino Fernández Riera, historiador, profesor y divulgador, cuyo blog dedicado a Rosario de Acuña es una gran biblioteca que Fernández Riera pone a disposición de cuanto se acerque a ese magnífico hogar.

Abajo el clericalismo. Viva la libertad. Primera manifestación feminista en España

Raquel C. Pico. *Librópatas*. 10 julio 2021

A la cabeza iba la comisión ejecutiva, llevando la pancarta de la manifestación. Eran las mujeres de las ejecutivas de las asociaciones feministas convocantes. «Abajo el clericalismo. Viva la libertad», ponía, en un estandarte rojo. Para abrir paso a la apertura de la manifestación, organizada por la Agrupación de Damas rojas la Asociación de Damas radicales y La Progresiva Femenina, pasaba antes «un grupo de socios de las Juventudes radicales», que apartaban a los curiosos y abrían paso. **Detrás de la pancarta de apertura, aquel 10 de julio de 1910, seguían las manifestantes.** Las crónicas consultadas no dan una cifra exacta, pero eran **miles de mujeres.**

La crónica que publicó entonces *La Vanguardia*, el diario más popular de la ciudad que acogía la marcha, Barcelona, apunta que entre las asistentes iban una niña «vestida de República» (iba en brazos de «un individuo»), muchas manifestantes con una caricatura que mostraba a la república dando un puntapié a un fraile prendida con un alfiler o **una manifestante que llevaba «un soberbio ganso con el cuello adornado con cintas tricolores»** (recibió «muchos aplausos»). Otra de las noticias de la prensa del momento señala que la mayoría de las mujeres asistentes llevaban insignias que identificaban a que asociación de mujeres pertenecían.

Eran «algunos miles de mujeres de Barcelona y otras que habían llegado de diferentes pueblos», como recoge uno de esos artículos. Las manifestantes salieron de la plaza de Urquianona a las cuatro y media de la tarde. Habían empezado a concentrarse ya a las cuatro, siendo la asistencia variada en términos de edad (aunque «abundando las jóvenes) y **muchas iban en grupo «ataviadas con trajes domingueros»** (algo que, leyéndolo 110 años después, hace imaginar un ambiente festivo). A medida que avanzaba la manifestación, se iba engrosando la asistencia.

La manifestación terminó ante el Gobierno civil, donde entregaron su pliego de peticiones con 22.000 firmas de mujeres, de apoyo a una política de limitación del poder de la Iglesia Católica que se había puesto en marcha. Fue también allí donde desde uno de los balcones Ángeles López de Ayala, la portavoz y la convocante, habló a las asistentes. Tras ello se disolvieron «ordenadamente». **Las crónicas dejan claro que la manifestación transcurrió sin incidentes.**

Había terminado la que **se considera la primera gran manifestación feminista de la historia de España**, como señala en *Señoras fuera de casa* (Los Libros de la Catarata), Raquel Sánchez. La manifestación buscaba dejar claro que las mujeres españolas no estaban bajo el dominio de la Iglesia Católica y que pensaban por ellas mismas (no olvidemos que esa idea de que ‘el confesor va a dictar el voto’ fue uno de los argumentos que se usaron contra el sufragio femenino y que Clara Campoamor tuvo que escuchar en los años 30 antes de lograr que la II República reconociese el voto de las mujeres).



Unos días antes, hay noticia de otra manifestación multitudinaria también anticlerical y de apoyo a la misma línea de actuación del gobierno central en Barcelona, pero lo que diferencia a esta es que las manifestantes eran mujeres y que las convocantes eran asociaciones feministas. Los periódicos presentan a esta como una “manifestación femenina” (y lo de femenina, por cierto, puede leerse como sinónimo en este caso de feminista).

En el epicentro de la manifestación estaba Ángeles López de Ayala, su presidenta, como dice alguna de las crónicas. López de Ayala es una de esas figuras de la España de hace un siglo sobre las que es inevitable querer saber mucho más. Fue periodista, escritora, activista política y una de las líderes feministas de la España de finales del XIX y de principios del siglo XX.

Para adentrarse en la biografía de Ángeles López de Ayala se puede recurrir a la tesis doctoral *Ángeles López de Ayala (1858-1926): icono del librepensamiento en la España de entre siglos*, presentada en Universidad Complutense por María Victoria Clemente Palacios. Está en abierto y, por tanto, accesible en la red (también hay una biografía publicada en Icaria, en catalán, que no hemos podido consultar a tiempo). Clemente Palacios explica en el primer apartado de su tesis que los datos biográficos sobre Ángeles López de Ayala son muchas veces contradictorios, pero ha ido recopilando varias fechas destacadas y varias líneas de interés.

López de Ayala nació en el seno de una familia acomodada en la década de los 50 (hay variedad de años y la investigadora no localizó la partida de bautismo que podría haber confirmado cuál es la correcta, pero posiblemente fue hacia 1858) en Sevilla. Sus padres murieron cuando era pequeña, así que fue criada por unos tíos maternos y educada en un colegio de monjas (curiosamente, teniendo en cuenta su compromiso posterior en los movimientos anticlericales, llegó a mostrar interés por ser novicia).

Ya escribía en su juventud (se puede concluir porque ganó un premio de poesía a los 15 años), publicó una novela en 1881 y estrenó una obra de teatro justo un año antes. Por esas fechas se casó con su primer marido, con quien se muda a Madrid. En Madrid, explica la investigadora, entra en contacto con la masonería y se afianzan sus ideales republicanos. También arranca en la capital su carrera en medios. **López de Ayala escribe novelas, cuentos y múltiples artículos en prensa a lo largo de los años.** En el terreno del periodismo será, incluso, directora de varios medios. En 1890 se muda a Barcelona, que es la ciudad en la que vivirá hasta su muerte en 1926 y en la que organizará la manifestación 20 años después.

Durante toda su vida, López de Ayala mantiene un firme compromiso con los ideales republicanos y con el feminismo. Su compromiso político tuvo un impacto directo en su vida cotidiana: fue procesada múltiples veces, pasó por la cárcel e incluso vio como su casa en Santander, donde pasó una temporada antes de mudarse a Barcelona, era incendiada como represalia. □



Diario *El Diluvio* dando cuenta de la manifestación . Barcelona 11-julio-1910





Ángela López de Ayala



Rosario de Acuña

Ángeles López de Ayala y Rosario de Acuña. Una lucha compartida

Como es evidente, el papel dirigente de Ángeles López de Ayala en el éxito y trascendencia de esa manifestación sin precedentes en la historia de España fue el resultado de todo un movimiento colectivo, La *Sociedad Progresiva Femenina*, creada en 1898 y que sucedía a la *Sociedad Autónoma de Mujeres de Barcelona*, creada en 1891 y que se disolvió hacia 1920 quizá por la creación de la *Asociación Nacional de Mujeres Españolas* que era un paso en la extensión asociativa feminista a todo el territorio español y que además asumía además el objetivo por el sufragio universal que suponía el derecho al voto para todas las mujeres. Entre esas mujeres que se sumaron desde los comienzos a la al movimiento feminista podríamos nombrar a Teresa Claramunt de filiación anarquista o a Amàlia Domingo Soler.

En aquella manifestación no estaba Rosario de Acuña, pues desde hacía poco tiempo se había establecido en Gijón. Pero el papel de Acuña como ideóloga y popularizadora en todo el movimiento fue decisivo.

Ángeles y Rosario se conocieron en Madrid años atrás, hacia finales de la década del los 80 del siglo XIX. Y ambas compartieron su compromiso feminista, librepensador, laico y republicano, al que se sumaba la pertenencia de ambas a la masonería y a su aspiración por el apoyo mutuo, la solidaridad y la justicia social. Aunque las dos vidas se había separado geográficamente, mantuvieron siempre una cercana relación epistolar que facilitó ese compromiso compartido.

Años después, López de Ayala pediría a su amiga que le escribiera unas palabras para un discurso que Ángela pronunciaría en nombre de la *Sociedad Progresiva Femenina* en un mitin celebrado en la *Unión Republicana Radical Graciense* [del barcelonés Barrio de Gracia], en mayo de 1917.

Ángela escribió estas palabras:

[...] Llegó a mis manos otra [carta] de una mujer que, allá en mi juventud, conocí breves días pero cuya amistad quedó sellada con un pacto recíproco:

vivir y morir fuera de todo dogmatismo religioso gastando nuestras energías en despertar alrededor nuestro en cuantos seres pusiera a nuestro lado el destino las ideas racionales de justicia, bondad y belleza, desligadas de todas las religiones dogmáticas. Como este pacto fue hecho por mujeres conscientes, no puede romperse más que con la muerte, pues las almas enteras traen a la vida el caudal que en ella han de verter, sin que manantiales ajenos a la esencia del suyo las enturbien, ni logren desviarlas del cauce que les trazó el destino (J. Bolado, *Obras reunidas*. 2007- 2009, vol. III, pp. 876-877. □



Rosario de Acuña y Ángeles López de Ayala: escritura y pactos contra el dogma (fragmento)

Ana María Díaz Marcos-Helena Establier Pérez. *Arbor. Ciencia, Pensamiento y Cultura*. Vol 196-796, 2020

El trabajo intelectual de Ángeles López de Ayala y de Rosario de Acuña suponía una contribución a la acción política y social, firmes en su convencimiento de que la humanidad debía esforzarse en la tarea de derribar el edificio del sistema para “levantar sobre las pestíferas ruinas del pasado el templo de lo venidero” (Bolado, 2007-2009, vol. II, p. 1177). El pensamiento y la militancia de ambas estuvieron siempre marcados por el convencimiento de que ese cambio radical nunca podría lograrse sin la acción y el compromiso entusiasta de las mujeres, de forma que su pensamiento feminista constituye el cimiento esencial de su ideario y su proyecto político y social.

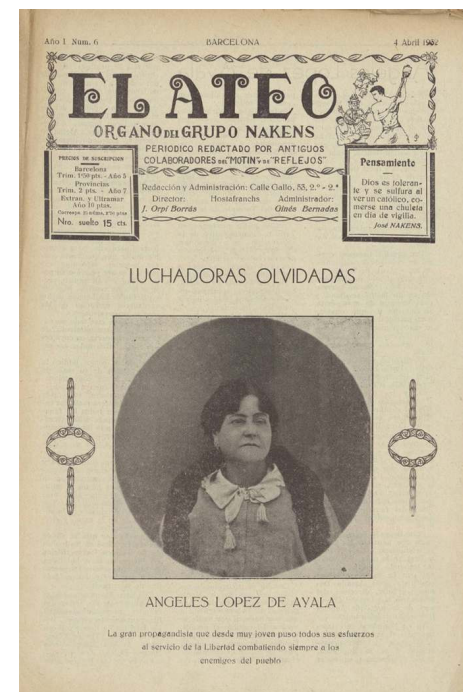
En este sentido es posible establecer dos ejes complementarios cuya intersección nos permitirá abordar el estudio del citado pacto de compromiso y de transgresión en ambas autoras. El primer eje gira en torno al concepto de *igualdad social*, que documenta la presión de las clases sociales y *castas* dominantes que buscan perpetuar las relaciones de poder atentando contra el derecho natural del individuo a su autodeterminación (Bifani-Richard, 2004, p. 11). El segundo eje tiene que ver con el compromiso y la transgresión feministas y con la lucha por una verdadera igualdad de género,

incluso frente a las incoherencias o el paternalismo del propio librepensamiento, del republicanismo o de la izquierda masculina. En este nivel, las relaciones de poder promueven el sometimiento de las mujeres en la cultura patriarcal dominante incluso en entornos supuestamente progresistas. La perspectiva *interseccional* resulta útil en tanto que permite dar cuenta de la percepción cruzada de esas relaciones de poder (Viveros Vigoya, 2016, p. 2) para rastrear el modo en que el compromiso de estas autoras les permitió denunciar diferentes modos de dominación superponiendo o anteponiendo su propuesta feminista a su proyecto político y social.

Las fuentes elegidas para el seguimiento de la evolución en los fundamentos del compromiso de ambas autoras son tres publicaciones periódicas en las que colaboraron asiduamente. La primera es el semanario racionalista, heterodoxo y anticlerical *Las dominicales del librepensamiento*, publicado entre 1883 y 1909. Ángeles López de Ayala fundó y dirigió las otras dos publicaciones, portavoces de la ideología librepensadora: *El gladiador. Órgano de la Sociedad progresiva femenina* (1906-1909) y *El gladiador del librepensamiento* (1914-1920). El librepensamiento proporcionaba una plataforma legítima desde la que articular el reclamo emancipista y las exigencias igualitarias, y estos periódicos permitían, en principio, vincular la lucha feminista con la agenda política de la ideología progresista (Arkinstall, 2014b, p. 54). Se comprueba, sin embargo, que los escritos de Acuña y de López de Ayala evidencian con el paso de los años una radicalización que da paso a una postura cada vez más transgresora, que les llevó a ejercer un feminismo más combativo en sus escritos, desafiando el *statu quo* para dar cauce a una visión sumamente crítica de la actitud tibia - cuando no hostil- de muchos hombres, entre los que se incluían los librepensadores o *de izquierdas*. □



Rosario de Acuña



Ángela López de Ayala



Ángeles López de Ayala. Una biografía.



A pesar de la ingente actividad pública y literaria de Ángeles López de Ayala, solamente hemos podido localizar una exigua cantidad de material biográfico, y casi nada de material gráfico. Hay solamente una imagen, aunque por error multiplicado en redes, hay una segunda que nos hizo sospechar por el poco parecido con la primera –que aparece en páginas anteriores- de la que nos constaba su verosimilitud. Poco después encontramos el error multiplicado en muchos medios: la fotografiada, con la cara de perfil mirando a la derecha, era de Amàlia Domingo Soler– la foto de la izquierda-, cuyos únicos parecidos residen en haber nacido, como Ángeles, en Sevilla y, sobre todo, porque confluyeron en la actividad del feminismo, el librepensamiento, en la masonería y en la convocatoria de la manifestación feminista. de Barcelona. Ofrecemos la semblanza sobre Ángeles que ofrece la Real Academia de la Historia y que firma Carmen Simón Palmer:

López de Ayala y Molero, Ángeles.

Sevilla, 21.IX.1856 – Barcelona, 29.I.1926. Escritora y activista política.

Hija de Gonzalo López de Ayala, quedó huérfana de madre a los ocho años. Era sobrina de Abelardo López de Ayala¹. Residió en Morón y Zahara e inició su educación en el convento de Santa Catalina de Osuna. Intentó ingresar como novicia en el convento de Santa María de Marchena, pero desistió. Sus parientes le prohibieron escribir hasta que Juan José Bueno y Le-Roux² les convenció y acabaron por ponerle un profesor particular, Valentín Marín y Morales. A los dieciséis años, escribió su primera novela en cuatro tomos: *El triunfo de la virtud* (1881).

En 1882 contrajo matrimonio con el librepensador Francisco Valero de la Peña³ y se trasladó a Madrid, donde completó su formación literaria con Joaquín Ponce de León. Ese mismo año obtuvo el Segundo Premio en el certamen literario con motivo del segundo centenario de Calderón, con un estudio sobre la educación de la mujer y su misión en la tierra.

Fue una activista vehemente contra la Monarquía y a favor de la República y la libertad de conciencia, por lo que fue a parar a la cárcel en varias ocasiones. En 1887 pronunció una conferencia en el Fomento de las Artes de Madrid y unos meses más tarde en el Centro de Instrucción del Obrero. Ese mismo año prendieron fuego a su casa en Santander, sin que el matrimonio sufriera daños; poco después se trasladaron a Barcelona, donde conoció a la escritora espiritista, Amalia Domingo Soler, sevillana como ella, en cuya revista *La luz de porvenir* colaboró con asiduidad. Participó activamente en partidos políticos de izquierda y pronunció conferencias de gran éxito. Estuvo afiliada al Grande Oriente Nacional de España, con título expedido en Madrid el 17 de agosto de 1888, y en Barcelona a la logia La Constancia, de la que fue secretaria en 1895. Participó en el Congreso de Librepensadores de Madrid el año 1892.

Leyó trabajos masónicos en las “tenidas blancas” de las logias La Libertad, La Mantuana y Los Comuneros de Castilla (1897). Fue fundadora y directora de *El Progreso* de Barcelona, que cerró por denuncias en 1906 y fue sustituido por *El Gladiador*, periódico librepensador y feminista.

La actividad social que desplegó en la década de 1890 desde el barcelonés barrio de Gracia, junto a otras librepensadoras, fue seguida fielmente por la prensa. Sus frecuentes visitas a la cárcel le inspiraron los únicos poemas femeninos de esta experiencia que se escribieron entonces. En 1898 fundó y presidió la Sociedad Progresiva Femenina, de Barcelona, lugar de reunión de las afiliadas a la logia La Constancia, con una escuela racionalista de niñas que tenía como finalidad la educación y dignificación de la mujer. En 1904 acudió al Congreso de Buenos Aires en representación de varios centros librepensadores, y el 10 de octubre de 1910 intervino en el Primer Congreso Librepensador Español.

En el terreno literario escribió varias piezas teatrales, novelas y cuentos infantiles, pero muchas se han perdido. Colaboró en *Las dominicales del Librepensamiento*, *El Gladiador*, *El Ciclón*, *La Educación*, *El Hispalense*, *El País*, *El Ideal*, *El Campesino*, etc. Al fallecer, la revista *Vida Masónica* inauguró con su biografía, el 4 de junio de 1926, la “Columna de honor de las MASONAS españolas”. □

1 Abelardo López de Ayala, dramaturgo, escritor adscrito al realismo literario, político liberal anti-isabelino y ministro durante el sexenio democrático, la madrileña calle Ayala es en su honor. .

2 Abogado, escritor, miembro de la Real Academia de Buenas Letras Hispalense, y persona muy activa en la vida cultural sevillana

3 No sabemos fecha ni situación, pero López de Ayala enviudó y tiempo después –tampoco tenemos dato- se casó con el guitarrista catalán Joan Pon i Angelet (1847-1906).



Rosario de Acuña y Villanueva. Biografía

M^a. de los Ángeles Ayala. Centro Virtual Cervantes

Rosario de Acuña nació en Madrid, 1 de noviembre de 1850, en el seno de una distinguida familia y de la que heredará un título nobiliario, duquesa de Acuña, que nunca utilizará. Sus padres fueron Felipe de Acuña y Solís y Dolores Villanueva de Elices, entregados en cuerpo y alma a su única hija, pues a los cuatro años de edad Rosario de Acuña comienza a padecer los primeros síntomas de una enfermedad ocular que hasta los treinta y cuatro años, cuando se somete a una intervención quirúrgica, le ocasiona la pérdida intermitente de la vista y grandes padecimientos. Circunstancia que le permitió disfrutar de una educación que trascendía los limitados márgenes que la enseñanza oficial otorgaba a las mujeres. El colegio de monjas fue sustituido por las lecciones que en su propia casa recibía de sus padres, por un permanente contacto con la naturaleza y por frecuentes viajes por la península y el extranjero. La propia autora confiesa que su padre la adentró en el estudio de la Historia, al leerle fragmentos que ella reproducía mentalmente, gusto por la historia que se consolidaría durante su estancia en Roma, 1875, en casa de su tío, el historiador Antonio Benavides. Al lado de la Historia, las Ciencias Naturales ocuparán un lugar privilegiado en su formación, instrucción teórica, pero también práctica, pues frecuentemente pasaba temporadas en tierras andaluzas de donde procedía su padre o en las orillas del mar Cantábrico buscando alivio a su enfermedad ocular. Ese contacto directo con la Naturaleza le permitiría adquirir, además de un total conocimiento del mundo animal y vegetal, una capacidad de observación, análisis y deducción que, posteriormente, repercutirá en muchas de sus decisiones personales. Su intensa curiosidad por el mundo que la rodeaba se acrecentó con sus viajes al extranjero. Se sabe que cuando apenas tiene quince años viaja a París con sus padres. A Francia regresará posteriormente en 1873, instalándose en Bayona una larga temporada. Más tarde, en 1875, viajará a Roma, donde su tío, el mencionado historiador, Antonio Benavides, había sido nombrado embajador ante la Santa Sede.



Las primeras muestras de su producción literaria hay que situarlas en estos años, cuando aparece publicada en París, 1873, una pequeña obra dedicada a Isabel II, exiliada en Francia en aquellos tiempos, *Un ramo de violetas*. A esta primera obra le sucede la publicación en *La Ilustración Española y Americana*, 22 de junio de 1874, de “En las orillas del mar”, extenso poema que será incluido más tarde en *Ecos del Alma* y que debió alcanzar cierto éxito, pues le facilitó publicar numerosas composiciones en prestigiosos periódicos madrileños –*La Iberia*, *La Mesa Revuelta*, *Revista Contemporánea*, *El Imparcial*- durante el periodo de 1874 a 1876. No obstante, tal como la escritora confiesa en el prólogo que antecede a su primer libro recopilatorio de poesía –*Ecos del Alma* (1876)-, su vocación literaria se despertó en su más tierna infancia. Una creación poética marcada por la expresión de sus íntimas emociones, tal como se concebía la creación femenina. De esta poesía de tono romántico Rosario de Acuña salta al teatro, alcanzando un éxito rotundo con la puesta en escena de su primer drama, *Rienzi el Tribuno* en el Teatro del Circo el 12 de enero de 1876. El estreno no defraudó a nadie, pues la autora, aclamada por el público, tuvo que salir a escena al finalizar el segundo acto, entroncando de esta forma con el sistema de máximo reconocimiento propio de esta época, tal como se había institucionalizado a raíz del estreno de *El Trovador* de García Gutiérrez. Drama histórico al que le seguirán *Amor a la Patria* (1877) estrenado en Zaragoza (28 de noviembre de 1878) y *Tribunales de venganza*, representado en el exigente Teatro Español el 6 de abril de 1880. El éxito, no exento de algunas críticas, acompaña a Rosario de Acuña que, además de escribir obras dramáticas, publica un “pequeño poema a imitación de Campoamor”, *Morirse a tiempo* (1879), su libro de cuentos y poemas, *Tiempo perdido* (1881) y *La Siesta* (1882), recopilación de artículos publicados en prensa.



A tenor de lo indicado, todo apunta a que durante estos años Rosario de Acuña se perfila como una de las escasas escritoras del siglo XIX que conoce el éxito, que logra abrirse camino en el exclusivo ámbito masculino de la literatura. Paralelamente a este éxito profesional Rosario de Acuña también parece alcanzar la felicidad personal, pues pocos meses después de representarse *Rienzi el Tribuno* contrae matrimonio con el joven militar don Rafael de la Iglesia. No obstante, el matrimonio no resultó como se esperaba y la pareja se separó definitivamente en 1883, quedando Rosario de Acuña instalada en Pinto, ese pueblo en el que el matrimonio, en lo que parece un intento de solventar sus diferencias, residía desde 1881, pues la escritora, que comienza a percibir la ciudad como un lugar de intrigas, hipocresía y ambición, se mostraba partidaria en estas fechas de vivir en contacto con la naturaleza, aspecto que se refleja en la sección fija *—En el campo—* que inicia en 1882 en *El Correo de la Moda* y en sus folletos *Influencia de la vida del campo en las familias* (1882) y *El lujo en los pueblos rurales* (1882). Rosario de Acuña recibirá un nuevo e inesperado golpe en este mismo año de 1883: el fallecimiento de su amado padre. Ambas circunstancias propiciarán el viraje que se anunciaba en algunos de sus escritos de estas fechas, como sucede, entre otros, con la inclusión en *Tiempo perdido* de artículos como “Los intermediarios”, clara denuncia a la frivolidad de sus contemporáneos y al falso valor de la apariencia, y “Algo sobre la mujer”, donde se sitúa a favor de la igualdad entre sexos, al lado de cuentos y relatos intrascendentes.

A partir de 1884, fecha memorable en la que la afamada poeta y dramaturga es invitada a leer sus poemas en el Ateneo madrileño -19 de abril-, su viraje ideológico es manifiesto. Rosario de Acuña se había convertido en la primera mujer en ocupar la tribuna del cerrado y restringido coto masculino madrileño como reconocimiento a sus méritos literarios, pero lejos de mantenerse exclusivamente en el ámbito de la creación Rosario de Acuña se interesa cada vez más por las cuestiones sociales, por la lucha por instaurar la justicia, la libertad, la tolerancia. La lectura de los primeros ejemplares de *Las Dominicales del Libre Pensamiento* la llevó a enviar, animada por su afinidad con los valores defendidos en sus páginas, una carta a su director adscribiéndose públicamente a la causa de los librepensadores, carta que se publicó en primera página en el ejemplar correspondiente al 28 de diciembre de 1884. A partir de 1885 publicaría numerosos artículos en *Las Dominicales* y en 1886, impulsada por un evidente espíritu reformista, ingresará en la masonería. Hecho que tuvo lugar en su visita a Alicante, ciudad donde había sido invitada a leer sus versos en el Teatro Principal. Rosario de Acuña que mantenía una estrecha colaboración con el periódico *La Humanidad*, portavoz de los masones alicantinos, ingresa en la logia Constante Alona adoptando el nombre de la célebre filósofa de Alejandría, *Hipatia*.

Rosario de Acuña, proclamada públicamente librepensadora, masona y feminista, incrementa su actividad propagandística, sin olvidar por ello su obra de creación. Colabora con profusión en medios periodísticos con artículos de opinión —destacamos, entre otros, “Trata de blancas” publicado en *El Imparcial* el 21 de febrero de 1887 y pronuncia destacadas conferencias, como las celebradas en el Círculo de las Artes de Madrid —“Los convencionalismos” (14-1-1888) y “Consecuencias de la degeneración femenina” (21-4-1888). Atendiendo a la creación literaria destaca en estos años el estreno de su obra dramática más polémica, *El padre Juan*. Rosario de Acuña, como hicieron con anterioridad otros escritores, utiliza la creación literaria como plataforma de expresión de sus ideales, presentando en el escenario un drama en el que denuncia los falsos valores de la religión católica institucionalizada. Frente a las falsas y deformadas creencias y prácticas religiosas, frente al fanatismo paralizador, Rosario de Acuña nos presenta unos héroes que encarnan la razón, la justicia, la bondad. Personajes que intentan introducir toda suerte de mejoras en la pequeña villa en la que viven y ante los que se alza el pueblo manipulado por el misterioso sacerdote que da título a la obra. Como en la *Doña Perfecta* galdosiana, la razón y el progreso sucumbe aplastado por la intolerancia religiosa, concluyendo la obra con la muerte de su protagonista, el ingeniero Ramón Monforte y la desolación de su prometida Isabel de Morgovejo.



La obra, estrenada el 3 de abril de 1891 en el Teatro Alhambra de Madrid, constituyó un auténtico escándalo, pues los sectores más conservadores, que no podían tolerar el anticlericalismo librepensador que sustentaba la obra, instaron al gobernador civil de Madrid a prohibir su continuación en cartel, cerrando las puertas públicas esa misma noche del estreno las puertas del teatro. Rosario de Acuña perdió el dinero invertido, pues en esta ocasión, dada la pública ideología de la autora, ningún director se arriesgó a poner la obra en escena.

En estos años Rosario de Acuña contaba con la presencia constante de un joven estudiante de Derecho, Carlos de Lamo Jiménez, a quien conoció en 1887 en Pinto y que se convertirá en el compañero fiel que la acompañará hasta el final de sus días. Los diecisiete años de diferencia de edad no fueron obstáculo para que la relación se consolidase rápidamente, acompañándola su joven amigo en los sucesivos viajes que la escritora solía realizar durante los meses de verano por diversos puntos de la geografía peninsular -1889 y 1890-. La pareja no llegará a casarse, ni siquiera cuando Rosario de Acuña enviuda, enero de 1901, parece plantearse esa posibilidad. La escritora, dada su experiencia anterior, se muestra convencida de que su unión no necesita ser sancionada por nadie ajeno a ellos mismos, pues han conseguido alcanzar su propia felicidad, una situación que, probablemente, se acerque a lo que ella describe en un artículo publicado en 1911 donde condensa en pocas líneas su concepción sobre las relaciones entre hombre y mujer:

Hay que engendrar la pareja humana, de tal modo, que vuelva a prevalecer el símbolo del olmo y la vid, que tal debe ser el hombre y la mujer, los dos subiendo al infinito de la inteligencia, del sentimiento de la sabiduría, del trabajo, de la gloria y de la inmortalidad; los dos juntos, sufriendo, con intensidad, los dolores; gozando, en el mismo grado, de los placeres; entrelazados, siempre, en estrecho abrazo [...]

Fragmento que corresponde al artículo titulado “La jarca en la Universidad”, 22 de noviembre de 1911, donde, de forma airada, defiende el derecho de la mujer a acudir a la Universidad y reclama, por tanto, la igualdad entre sexos. El artículo estuvo motivado por un hecho puntual, pues unos días antes unas jóvenes estudiantes de Literatura General y Española –no olvidemos que la Universidad española desde hacía muy poco, 1910, había abierto oficialmente sus puertas a las mujeres- son agredidas verbalmente por sus compañeros. Rosario de Acuña publica en París el citado artículo en *El Internacional*, periódico dirigido por Luis Bonafoux, pero al ser reproducido por el diario *El Progreso*, la tensión se dispara. Muchos estudiantes, acompañados de profesores, se manifiestan en contra del escrito de Rosario de Acuña; se cierran las aulas universitarias, se pide que intervenga la autoridad y el propio ministro de Instrucción Pública realiza las gestiones pertinentes ante la Fiscalía de Barcelona a fin de interponer una querrela contra la autora por delito de injurias y dictando orden de detención contra la autora. Defensa de unos principios que acarrea, una vez más, complicaciones en la vida de Rosario de Acuña, que se refugiará en Portugal hasta que el influyente conde de Romanones, nuevo presidente de gobierno, medie para que se le conceda el indulto en 1913.

Años antes de este suceso y tras su frustrado intento de instalarse en Galicia, Rosario de Acuña lo hace en Cueto, una pequeña aldea próxima a Santander (1893). Allí de la teoría pasa a la práctica, pues de promocionar entre sus lectoras las ventajas de la vida en contacto con la Naturaleza, pasa a informar sobre sus experiencias al frente de una pequeña granja avícola. La explotación fue en principio un éxito y Rosario de Acuña escribe algunos artículos en *El Cantábrico* encaminados a que sus lectoras descubran las ventajas económicas que puede acarrearles el desarrollo racional de la avicultura. Su esfuerzo se verá recompensado, pues en 1902 obtuvo la medalla de plata en la I Exposición Internacional de Avicultura que se celebró en Madrid. La actividad de Rosario de Acuña en estos años es incansable, pues además de estrenar en el Teatro Español el cuadro dramático *La Voz de la patria*, 20 de diciembre de 1893, colabora asiduamente en *El Cantábrico*, apareciendo también artículos suyos en *Los Dominicales*, *El Ideal Cántabro* y *La Voz del Pueblo*. De estas colaboraciones conviene destacar la serie de artículos denominada *Conversaciones femeninas – El Cantábrico* -dirigidas a las mujeres montañesas, en las que se aprecia ese cambio mencionado en sus escritos, de la teoría a la práctica, pues Rosario de Acuña que ha invertido sus escasos ahorros en su granja difunde sus conocimientos, explica cómo hacer rentable el esfuerzo personal, sosteniendo que el trabajo manual puede satisfacer las necesidades mínimas de cualquier familia. Rosario de Acuña se va acercando cada vez más desde el punto ideológico al pueblo. Ella vive del trabajo manual y el lector ideal al que se dirige es el pueblo llano. Su acercamiento a posiciones republicanas y socialistas es evidente, como se pone de manifiesto en sus colaboraciones en *La Voz del Pueblo* o en las conferencias que pronuncia, como la que dictó en la Federación Local de la UGT de Santander –“La higiene de la familia obrera”- el 23 de abril de 1902. Tras la muerte de su madre en 1905 y víctima de sucesivos hurtos en su explotación, Rosario de Acuña da por finalizada su experiencia como avicultora.



En 1909 se instala en la que se convertirá en su residencia definitiva, Gijón. Allí ordena construir una casa sobre un hermoso acantilado. Rosario de Acuña que ya ha cumplido más de setenta años colabora en la prensa periódica –*El Publicador* y *El Noroeste*, esencialmente-. Su compromiso con los más desprotegidos se acrecienta, pues en sus colaboraciones denuncia desde la situación en la que se encuentran las mujeres maltratadas, la infancia abandonada, los obreros, hasta la dureza de la vida en la mar que tantas vidas cuesta a los pescadores. Su posición política le acarrearán nuevas dificultades, como sucede, por ejemplo, en julio y agosto de 1917, pues a raíz de la proyectada huelga convocada por UGT y CNT en Asturias las autoridades decretan efectuar dos registros en su propia casa, convencidas de que la escritora la apoya. A pesar de su edad, Rosario de Acuña seguirá utilizando su pluma en momentos puntuales, cuando lo exijan las circunstancias, hasta que en 1923 le sorprenda la muerte en su casa de Gijón.□

Rosario de Acuña, o la fuerte delicadeza.

Os ofrecemos en este apartado textos escritos por Acuña. El criterio es mantener cierto orden para dar una idea de la fortaleza que tuvo, al menos aparente para enfrentar la lucha que le tocó lidiar en la vida; mirando por el rabillo del ojo a una selección de escritos que no tengan un tamaño excesivo. Por ello, en algunos casos os invitaremos a ir a algún enlace si procede.

Comenzamos por la “Rosarito”, es decir, la niña, o quizá ya adolescente en un viaje muy accidentado en que aquella España que padecía una más de aquellas guerras provocadas con los sediciosos reaccionarios partidarios del pretendiente a rey Carlos, los *carlistas*.



Otro hito de la vida de Acuña, ya siendo feminista militante, librepensadora convencida, fue su contacto con la redacción de *Las dominicales del Libre Pensamiento*. El semanal, bandera de progreso, estuvo elaborado por Ramón Chies, Fernando Lozano, *Demófilo* –amante del pueblo– quien, por cierto fue suegro del insigne zufariense Odón de Buen, promotor mundial de la oceanografía y del celebrado periodista y escritor Antonio Zozaya. La carta de Acuña a la dirección del semanario librepensador, ofreciendo su colaboración fue celebradísima por los, y las muy amplias lectoras, y sumó la firma de colaboradores entre quienes escribieron, como Pi y Maragall, Emilio Castelar, Francos Rodríguez, Odón de Buen, Joaquín Dicenta, amigo común de Rosario y del inmenso periodista Luis Bonafoux y muchas mentes que pelearon por mejorar la cultura, las libertades y el bienestar de la sociedad española, en particular de aquel inmenso desfavorecido pueblo trabajador y trabajadora, pues la feminización aquí no es sino un dato fundamental, pues *Las dominicales* y sus firmas lucharon siempre en favor y junto a los nacientes movimientos feministas.

Y un tercer aspecto, ya en el declive de su vida, está relacionado con su actividad con colectivos obreros, sociales y culturales asturianos y que se explican muy bien en la carta que dirigió a su amigo Roberto Castrovido, periodista, político progresista que sería diputado en varias ocasiones y que, sobreviviente hasta la sublevación fascista, acabaría en el exilio mexicano.

Esos pocos ejemplos os ofreceremos atentos a no extender excesivamente esta entrega, para lo cual siempre os guiaremos hacia enlaces por si deseáis ampliar la información que, os aseguramos, es apasionante.



1 Un recuerdo de mis quince años-el ataque de los carlistas al tren camino de Gijón

Rosario de Acuña. Texto extraído de www.rosariodeacuna.es/obras/articulos/recuerdo.htm

Por aquel tiempo, hace muchos años, el ferrocarril de Madrid a Gijón llegaba sólo a Villamanín. Allí se tomaban coches que bajaban hasta Puente Fierros, donde se volvía a tomar el tren. Viajábamos en el correo mi padre y yo, que veníamos a pasar un mes a Gijón, donde le aguardaban sus buenos amigos la familia Benigno Gil, Pérez Valdés y otros. Mi madre no había querido salir de Madrid aquel verano, y esperaba nuestro regreso en septiembre para irnos juntos a París. Íbamos los dos solos, y mi alegría sin límites por viajar con mi padre, a quien adoraba, se velaba, en parte, por algunas noticias que durante el camino se habían recogido referentes a la aparición de la partida carlista dirigida por... (aquí un nombre que mi memoria no recuerda; lectores de esto habrá en Asturias que podrán llenar el hueco, pues era por entonces muy famosa la partida, y muy conocido su jefe).



—Papá, ¿veremos a los carlistas? —decía yo, entre curiosa y temerosa, a mi padre, en cuyo noble rostro se veía honda preocupación.

—No sé, hija, no sé. El conductor del tren me aseguró que están en Busdongo esperando este correo... ¿No tienes otro velillo de sombrero más espeso que ese que llevas? Póntelo doblado, tapa lo posible tu cara.

(Entonces mi cara valía la pena mirarla, y mis cabellos, del color del capullo de la seda y tan sedosos como ella, caían en bucles gruesos casi hasta la cintura.)

—Súbete el cuello del cubrepolvo —seguía mi padre—; tápate lo posible, hija mía.

—Pero, papá, ¿los carlistas son fieras?

—Casi, casi, hija mía. Temo por ti; qué tontería no habernos enterado antes que andaban por estos sitios.

En éste o parecido diálogo, íbamos ascendiendo en el tren desde León a Villamanín.

Yo —en cuya familia materna había habido un miembro de la Guardia Real, que en la primera Guerra Civil se había sublevado por don Carlos (El V *in partibus*) marchándose a las provincias vascas, a ser comandante de una hueste— me acordaba de mi tío, Miguel Elíces (el carlista), vivo aún, y el cual, ya viejo, era tan cariñoso, tan noble y tan bueno para todos nosotros, y le decía a mi padre:

—Pero, papá, tío Miguel es muy bueno.

—Hija, tío Miguel es bueno a pesar de ser carlista, pero las excepciones no hacen la regla y, además, si como pariente nuestro es muy bueno, como carlista no quisiera encontrármelo en el campo...

Una gritería ensordecedor y varios estampidos como de cañonazos interrumpieron nuestro diálogo y una parada en seco, brutal, hasta el punto de hacernos caer de bruces, me arrojé en brazos de mi padre al que me abracé, no sé si para guarecerme en él o para guarecerlo yo, pues el cariño que le tenía era tan hondo que hubiera sabido morir por defenderlo.

—Serenidad, hija mía. Ponte detrás de mí; estamos entre los carlistas.

—Estoy serena, papá, no dudes que sabré ser Acuña.



Frase ésta que, desde pequeñuela, me había enseñado a valorar mi abuelo y que tenía el don –sobre mí– de inspirarme una energía y un estoicismo imponderables. Me bajé el velo del sombrero; alcé el cuello del cubrepolvo; cogí la maletilla de mano y saqué de ella un pequeño revólver que metí, cogido, en el bolsillo; y me asomé por detrás de mi padre a la ventanilla. El tren, próximo un kilómetro de Villamanín, había parado por descarrilar la máquina al pisar unos raíles levantados, aunque aparentemente puestos en su sitio. A todo lo largo del tren, por ambos lados, una partida de hombres se alineaban y algunos jinetes, en caballos y mulas, trotaban a lo largo de la hueste.

–¡Quietos todos los viajeros! –decían–. Bajo pena de la vida que no salga nadie del tren hasta que nosotros lo ordenemos.

Aquellos hombres eran una partida carlista. Todos podían ser, fotografiándolos en la actualidad, confundidos con los forajidos mejicanos de Villa por sus caras de criminales, de brutos o de idiotas; sus vestiduras eran casi harapos y sus armamentos eran escopetas, trabucos y pistolas enormes, dirigidos todos hacia las ventanillas del tren. Los cinco o seis jefes, a caballo, que los mandaban, apenas se distinguían de los demás en sendos galones dorados en las bocamangas de chaquetas o zamarras. Muchos llevaban sobre el pecho un escapulario con la leyenda «Detente bala». Fueron bajando del tren a los empleados y maniatándoles; y, después, hicieron bajar, vagón por vagón, a todos los viajeros. Llegaron a nosotros. Hacían esta requisa un jefe a caballo y tres peones.

–A ver los papeles –le dijeron a mi padre.

Sacó éste su cartera, la abrió y les dio su cédula. Al sacarla, vieron ellos unos cuantos billetes de banco y con el movimiento más natural del mundo, se apoderaron de ellos mientras el jefe leía la cédula.

–Un alto empleado del Estado –dijo– ¡Eh! No era mala presa –repitió volviéndose a los suyos.

–Voy con mi hija, enferma, a los baños; es esta niña que está detrás de mí.

Con un empujón en el hombro apartaron a mi padre de mi lado. En aquel momento, al verlo maltratado por aquellos miserables, mi manita apretó la llave del revólver y, en un tris estuvo que no lo disparara a boca de jarro sobre el pecho de aquel jefe, con lo que, excuso decir, qué hubiera sido de nosotros... Mas, no fue así porque, en aquel mismo instante, otro jefe de más graduación se acercó diciendo:

–Despachad pronto. Los fondos están en el vagón de cola. Los cuatro militares se nos han largado y a estas gentes (por los viajeros) dejadlas en paz.

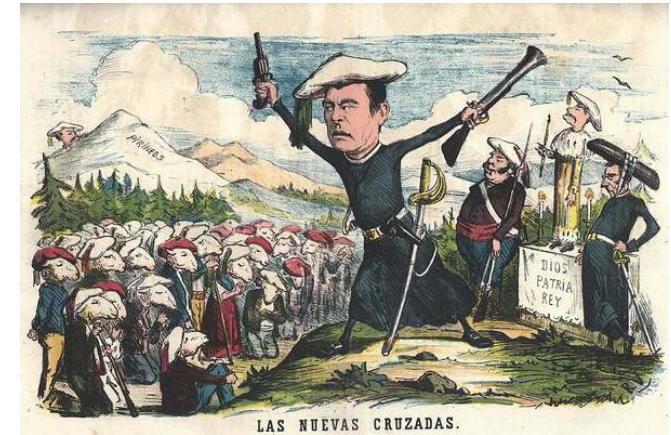
El grupo pasó de largo y nosotros todos seguimos inmóviles esperando las órdenes de aquellos *caballeros del orden y de la libertad* que nos amenazaban con sus trabucos...

Mi padre, con mil pesetas menos, pero muy gozoso de verme fuera de peligro, se volvió a mí diciendo:

–Ánimo, nenita, que pronto nos soltarán.

Volvieron al frente de nosotros y en alta voz nos dijeron:

–Pueden irse hasta Busdongo, si quieren, y hospedarse allí para salir mañana en carros, caballos o a pie hacia Asturias. Pero cuidado con pasar el puerto antes de las diez de la mañana de mañana. Entiéndanlo bien, porque si alguno no cumple esta condición, será fusilado. En cuanto a esperar tren alguno, no lo esperen,



porque en muchos días no lo habrá (como así fue). Quedan libres.

Y, después de decir esto, tocaron una corneta, y la fila de *salvadores de España* se esparció.

Mi padre me cogió de la mano y, trepando por los riscos, nos separamos del tren. Y en una casuca que encontramos antes de llegar a Busdongo, pedimos que nos dieran albergue. Pagando espléndidamente (mi padre llevaba en bolsillos ocultos más dinero que el robado por los carlistas) al matrimonio que vivía en la casa, nos buscaron leche, un pollo, huevos y queso y unas sacas del heno seco y perfumado de los puertos, para dormir sobre ellas. Cenamos y nos echamos a esperar el día.

Así que amaneció, se fue mi padre a Busdongo y, a peso de oro, alquiló un carrito con un borriquín y volvió a la casilla donde yo esperaba, quietecita junto al hogar, como mi padre me lo había encargado. Montamos en el carro y emprendimos la subida del puerto a las once y media de la mañana, hora y media después de lo mandado por los carlistas. La mujer que conducía el carrillo nos dio detalles de la partida: ésta buscaba en el tren a cuatro militares que venían en él de paisanos, con ánimo de hacerlos rehenes; buscaban también una gran partida de dinero, que encontraron, matando a trabucazos a los guardias civiles que la custodiaban, y que cayeron en los primeros momentos del descarrilamiento.

Seguimos, puerto arriba, y empezamos la bajada hacia Pajares. En una de las revueltas de la carretera un horrible espectáculo se presentó ante nosotros, que íbamos a pie, delante del carrito, disfrutando de la magnífica mañana que hacía: tres hombres estaban clavados en el suelo, de un lado de la carretera, con las cabezas desechas a balazos y teniendo todavía, en sus pechos ensangrentados, las agudas bayonetas que los sujetaban en contorsiones terribles sobre las asperezas del terreno. Eran tres pobres campesinos: uno aún tenía la ijada en la mano, era anciano ya; los otros dos eran jóvenes. A su lado unas carretas terminaban de arder, medio carbonizadas, y cuatro bueyes, abiertos los vientres a hachazos y uncidos aún, se revolcaban en una charca de sangre. Diez o doce cajones de tabaco ardían también por los derrumbaderos del camino; aquellos cajones debían venir en el tren y aquellos campesinos, desobedeciendo la orden de los facciosos, cobijados bajo el *Corazón de Jesús*, habían salido de Busdongo antes de las diez pagando con su vida y su fortuna su desobediencia.

Este recuerdo de mis quince años me hace exclamar desolada: ¿es posible que los liberales españoles consientan hoy, después de tres guerra civiles sangrientas y feroces, de episodios como el relatado, que se diga en público, y a los cuatro vientos, que se va a encender otra guerra civil si fuésemos a luchar, en los campos de Europa, por el derecho, la justicia y la fraternidad, contra las hordas de bárbaros que intentan retrogradar la humanidad entre lagos de sangre? ¿Es posible que se anuncie la cuarta guerra civil, con los mismos elementos y huestes semejantes, a las que robaron, asesinaron e incendiaron, delante de mí, en el puerto de Pajares? El alma liberal de España, ¿cómo no levanta un rugido de indignación que ahogue, en diatribas, la palabra de los voceadores de tan nefandos crímenes? ¿Se dejará madurar en los campos de la patria a los cabecillas en canuto?

¿Están locas las izquierdas españolas?... ¿Qué hacen? □

Notas

⁽¹⁾ Aunque en el título se refiera a sus quince años, la referencia a ese viaje a París que, según nos cuenta, realizaría en septiembre junto a su madre y a su padre nos sitúa en el verano de 1867, pues fue ese el año en que tuvo lugar la Exposición Universal. Por tanto, no serían quince, sino dieciséis.



2 Carta de Rosario de Acuña a Ramón Chies, codirector de *Las Dominicales del Libre Pensamiento*.

Entre la multitud de publicaciones que surgieron entre mitad del siglo XIX y el XX inspiradas en los proyectos liberales, republicanos o librepensadores, sobresalía esta publicación semanal, que salía los domingos, y cuyo motor estaba formado por tres grandes personalidades, Ramón Chies, Fernando Lozano y por Antonio Zozaya. La ficha de la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional, que conservan los 1218 ejemplares de cuatro páginas que aparecieron entre en 4 de febrero de 1883 y el 27 de agosto de 1909, describe así la publicación.



Semanario en el que se aglutinan las diferentes tendencias liberales de la España de finales del siglo diecinueve y principios del veinte del movimiento librepensador y racionalista que nace en Francia a mediados de la primera centuria citada y que había tenido sus primeras manifestaciones periodísticas durante el sexenio democrático. Aboga por el libre examen, el liberalismo, la cuestión ultramarina, el feminismo, el divorcio, el cuestionamiento de la pena de muerte, el naturalismo y el estudio de las humanidades y la historia de las religiones. Opuesto a los dogmas católicos, con una fuerte carga anticlerical, por lo que encontró una contestación radical desde las instituciones oficiales y los órganos de prensa de las autoridades eclesiásticas españolas. Muestra sus simpatías con la masonería, el espiritismo y la teosofía. También con la Institución Libre de Enseñanza, la Asociación por la Enseñanza de la Mujer, la Sociedad Protectora de los Niños y anima, entre otras expresiones culturales, el resurgimiento de la cultura sefardí en España.

Inseparable del republicanismo y buscando la alianza con las clases trabajadoras, sus directores fueron el republicano federal Ramón Chies Gómez (utiliza el seudónimo Eduardo de Riofranco) y Fernando Lozano Montes (con el seudónimo Demófilo) y, por último, Antonio Zozaya. Colaboran en sus páginas lo más granado del republicanismo español: Francisco Pi y Suñer, José Francos Rodríguez, Emilio Castelar, Antonio García Vao, Rosario de Acuña y Villanueva, Esperanza Pérez, Amelia Carvia, Odón de Buen, Miguel Morayta, Eduardo Sojo, Salvador Sellés, Joaquín Dícanta, M. Curros Rodríguez, Eduardo Zamacois, Pedro Barrantes o José de Diego.

La publicación obtuvo un gran prestigio y difusión, y sus noticias y sueltos fueron redactados por numerosos corresponsales en las provincias españolas y en el extranjero, de tal forma que, en 1902 se convirtió en órgano de prensa de la Federación Internacional de Libre Pensamiento que incluía a Portugal y América Iberia.

Aparecía los domingos en gran formato y apretados textos, con artículos de fondo sobre temas de política, cultura, literatura, teatro, etc., en números de cuatro páginas, desde el primero, el cuatro de febrero de 1883, hasta 1909.

Rosario escribió la carta siguiente:



Muy señor mío:

Hará más de un año volvía yo de Madrid con varios paquetes de compras. Al desenvolverlos, miré el papel donde venían, y su título me llamó la atención: tenía delante *Las Dominicales del Libre Pensamiento*. Sin perder ni un minuto extendí sobre mi mesa de trabajo aquel periódico, hasta entonces desconocido para mí, y, conforme iba leyendo en sus columnas, parecíamos que allá, en el fondo de mi cerebro bullían, con el impetuoso golpear de mil desbordados torrentes, todas las sensaciones, todas las ideas y todos los sentimientos que pueden encerrarse en una cabeza pensadora, alentada por el calor de la plenitud de la vida.

No desciendo al detalle: además, no hago memoria de los artículos que leí en aquella hora memorable. Pero recuerdo perfectamente la impresión concreta que me produjo su lectura. Tenía enfrente de mí algo más que un periódico; tenía delante de mí la idea virgen, exuberante de lozanía, henchida de promesas y de esperanzas que, iniciada por las leyes de la Naturaleza, y algo traducida en las palabras del Evangelio, se había conservado inmaculada, durante muchos siglos de titánicas luchas, en la inteligencia de los sabios y en el corazón de los mártires: delante de mí estaba la idea de la Libertad, en su más alta representación, la libertad del pensamiento. Quedé absorta, confusa. Yo bien sabía que las leyes que rigen el Universo, condensadas en una sola palabra –AMOR– vencerían al fin todos los obstáculos y triunfarían de todas las generaciones hasta coronar a la Humanidad de nuestro planeta; pero esta fe vivía en mí como una halagadora utopía, como un ideal imposible, no sólo para mí, sino para mil razas y mil edades que me siguieran. Con frecuencia tendía la mirada sobre mi patria, y, viéndola enferma de nostalgia de moral, con los huesos roídos por el sibaritismo del vicio y de la vanidad, adormecida por el aroma del incienso, opio funesto, entre cuyas nubes se la ofrecía un paraíso ganado al grito de Carlos VII; viéndola en el indiferentismo de la mujer prostituida, sin rubor en su frente ante las bajezas de sus señores, sin indignación en su alma ante el cinismo de sus dueños; viéndola arrastrarse lánguida, anémica, viviendo como las muchedumbres de la Roma imperial, de las sobras de los banquetes y de las limosnas de las meretrices; viéndola sin vigor, sin honra y sin conciencia, huir de toda lucha, de todo movimiento y de toda aspiración, porque las aspiraciones, como el movimiento y la lucha, necesitan fuerza, energía, fe, y todo esto no se tiene ni se logra en la molición, en el egoísmo, ni en la superstición..., me pareció haber soñado cuando terminé de leer *Las Dominicales*, porque en ellas palpitaba la vida de la *libertad*, de la *justicia*, de la *fraternidad*, no como una abstracción del pensamiento, sino como una realidad viviente, enérgica, activa, llena de promesas de redención y de esperanzas de felicidad. Aquel periódico, extendido ante mis ojos, con aquel lenguaje de sublimes sinceridades; con aquella altivez indómita que se manifestaba en cada una de sus líneas; con aquel entusiasmo arrojado, vehemente, despreciativo de lo convencional, y al mismo tiempo lleno de generosidad y de austeridades, era el grito primero, el más valiente, el más conmovedor y el más imposible de ahogar de un pueblo que despierta, de un pueblo que desperezándose, como el león harto de míseros despojos, lanza los candentes hierros sino logra, con su vigorosa fuerza, romper las cadenas que lo aprisionan.

Ni un solo día desde entonces dejé de leer *Las Dominicales*. ¡Cuánto he meditado teniéndolas delante y con los ojos a medio cerrar, para resumir mejor la síntesis de cada uno de sus artículos! Una vez estaba estudiándolas de codos sobre la mesa; la luz de la lámpara caía de lleno en sus hojas; enfrente de mí se alzaba un gran espejo. «¡Qué lucha –me decía– han entablado estos hombres en pro de lo *bueno*, de lo *justo* y de lo *bello*! ¿Vencerán?» Un velo se extendió ante mis ojos, y al disiparse, como telón de comedia de magia, se me apareció el hogar del hombre, es decir, *la mujer*, que en nuestras actuales sociedades sintetiza el hogar. Algo como una mano de hierro sentí que estrujaba el corazón; y la idea que surgió de aquel dolor asfixiante, vibró en mi inteligencia llena de quejidos y de indignaciones. He aquí el escollo –me dije– he aquí el abismo profundo y erizado de abruptas aristas donde podrá caer despedazada la libertad. La mujer, cuando se inspira en la ignorancia y la superstición, es la gota de agua cayendo tenaz, leve y apenas notada, sobre el cerebro del hombre, agujereando primero el duro cráneo para penetrar la blanda en insensible masa encefálica, desviando luego las circunvalaciones para diluir en su fresco raudal el fósforo de la inteligencia y extenderse después por la médula, trocando los deseos generosos en instintos sistemáticos, transformando el amor a la humanidad en individual egoísmo, cambiando las aspiraciones hacia lo eterno y permanente por ambición mezquina. La mujer enfrente del librepensamiento lo ahogará, lo difamará (permítaseme esta frase) unas veces con sus halagadoras caricias, otras con su fingida indignación, otras con *sensatos* y *prácticos* consejos, y siempre con las sugerencias de un oculto, titánico, avasallador, fuertísimo poder, que se desarrolla como una culebra, y arrastrándose silenciosamente junto al mismo lecho nupcial, fascina con su vidrioso mirar el pensamiento del hombre que se tuvo por más fuerte. Este poder, que se apoya en la ignorancia de la mujer, su hasta ahora inquebrantable cimiento (triste es decirlo, pero es verdad; esta ignorancia dimana, la mayor parte de las veces, del hombre, que *no quiere* librar de ella a la mujer, en la funesta creencia de que no podrá manejarla cuando la haga su semejante), este poder es el del confesionario. Allí está, con sabiduría bastante para las inteligencias que se le acercan: allí está, como estas plantas insecticidas llenas de perfumes, prontas a encerrar en sus mortíferas corolas la pobre mosca fascinada con sus encantos. Este poder, que he dicho que es inmenso, dispone de armas que estremecen, pues jamás en los arsenales humanos se hicieron mejor templadas.



La palabra «libertad» aplicada a las emancipaciones del alma y del cuerpo (¡j!!) y la palabra amor, interpretando las atracciones de los sexos, resuenan sin cesar detrás de aquellas rejillas, donde se cambian las purezas del espíritu libre por las concupiscencias mundanas de la carne. ¡Oh, qué conocimiento tan grande tienen esos poderes de las debilidades de la mujer! El momento fisiológico, el latir de los nervios femeninos, inapreciables sutilezas para los ojos del padre, del esposo o del hijo, son hábilmente descubiertas y explotadas para encadenar a la mujer en aquel antro de sombra, donde no se la señala otra luz que la de un paraíso ideólogo o la de un infierno materialista. Todas las exquisitas delicadezas del organismo de la mujer, santuario donde la maternidad afianza el triunfo de la vida, se conmueven, como las cuerdas de eólica carpa, por el aura suave y melodiosa de la palabra *amor*; y allí, entre esos muros altos y silenciosos, en la semioscuridad de un alba naciente, se la hace repetir una y mil veces esa palabra, en todos los tonos y bajo todas las formas, con el pretexto artificioso de purificarla el alma, pero con el fin seguro de encadenarla, no al alto amor de la humanidad, sino a los amores carnales, a los amores de los sentidos extraviados, que serán en lo sucesivo argollas inquebrantables donde gima prisionera, la que acaso sin aquellos manejos hubiera sido siempre libre. Y la infeliz mujer, firmado ya el pacto, estremecida en su conciencia sutilísima por el delito, bien sea de pensamiento o de obra, no halla otra salida ni encuentra otra justificación que entregarse toda entera, en su padre moral, al poder secular que la hizo conocer el pecado; y como en el alma de la mujer no hay otro egoísmo que el maternal, que después de todo es un exceso de amor; y como el alma de la mujer, mitad humana destinada a guardar los ricos dones de la ternura, no se satisface con nada que se relacione consigo misma, de aquí que aquella pobre y conmovida pecadora, extasiada con las venturas sin fin que se la ofrecen a cambio de una vida de penitencias y contrariedades, arrastrada por su exaltada fantasía y movida por su pasión vivísima hacia la felicidad absoluta, vuelva la mirada al hombre, y, ansiando salvarle, no queriendo separarse de él ni en la esperada gloria, empieza un trabajo paciente, feroz, terriblemente poderoso, y primero le arranque los libros, después los hijos, luego los amigos, más tarde las ideas, por último la voluntad; y cuando las canas, poblando la cabeza del hombre, deberían ser la corona que lo elevase al más alto grado de sabiduría y de virtud, le veamos caer, como rama de tronco carcomido, y con senil melancolía e indiferentismo infantil pasar y repasar entre sus dedos temblorosos las cuentas de un rosario.

Y de aquí también esas inconcebibles contradicciones de hombres librepensadores en el foro, en los ateneos, en los congresos, en las profesiones, en las cátedras, en el libro; hombres librepensadores *intelectual*, y socialmente, y católicos fervorosos en el seno de la familia; hombres hechos *dos*. ¡Como si fuera posible violentar las leyes eternas de la Naturaleza, que solamente sanciona la unidad! ¡Dos entidades en una sola persona! La mujer es la que realiza este milagro, *milagro* que es sencillamente una hipocresía; hipocresía católica o libre-pensadora, igual da: *modus vivendi* del egoísmo, que quiere la paz en casa y la paz fuera de casa. Y de aquí todavía esa mezcolanza, o maridaje risible, que pretenden hacer muchos entre el dogma y la ciencia, empeñándose en lo imposible, como es armonizar con la unidad de la moral absoluta la revelación y el análisis, la experimentación y la Biblia, resultando de todo un engendro híbrido, que paraliza el vuelo de la inteligencia y la facultad del sentimiento, colocando al hombre en la situación del que viera dobles o triples objetos.

Y de aquí, por último, esa separación tácita, pero marcada y real, de las almas del esposo y de la esposa, separación funesta, perturbadora, que acarrea la horrible desmoralización de nuestra sociedad; separación que prostituye la grandeza del matrimonio, que es mutuo consentimiento, es decir, fusión de dos espíritus semejantes, encaminados a un solo fin, la perfectibilidad de los hijos, y esta separación, esta violación de la ley natural, esta profanación del lazo perenne como la vida, inquebrantable como la eternidad, esta anulación (aceptada por nuestra sociedad con un indiferentismo espantoso) que se hace del matrimonio, que en el seno de la humanidad del porvenir será indisoluble aun en la viudez, dimana de que, no hallándose la mujer al nivel del hombre, tienen que marchar por distintos caminos, realizando en los hechos, y por la práctica, lo que no está sancionado por la Naturaleza, ni por la ley, realizando el divorcio, la negación de la responsabilidad de la palabra, ¡del verbo! que es el divino don de la especie humana.

¡Ah, los campeones del librepensamiento en España! ¡No habéis pensado con amargura que la mujer os espera en vuestros hogares con las gracias de su cuerpo, con las astucias de su ignorancia y las sutilezas de su sensibilidad, ocultando entre los encajes, o el percal de su vestido, al enemigo de la sabiduría y de la libertad?

Y si, tratándose de los hombres de ciencia, de fe, no dogmática, sino racional, es esto cierto, ¿qué no se podrá decir de esas grandes masas perdidas en los abismos de la ignorancia, rebajadas por tantos siglos de tiranías, por tantos miles de años de miseria? ¡Qué no se podrá decir de esos hijos del pueblo, que sujetan en la muñeca de sus pequeñuelos la manecilla de tejón, remedio contra el mal de ojo, y colocan a la cabecera del lecho el ramo de olivo bendecido, ahuyentador del rayo! Allí impera en absoluto la mujer. De aquellos hogares salieron *las honradas masas* a sembrar la desolación y la muerte en los campos de la patria, con el escapulario sobre su pecho, el encono fraticida en su alma, y la imagen de un necio ceñido de corona real.



Ella, la mujer, sacaba del fondo del arcón el envoltijo donde se reservaban las onzas, o doblillas, y, con el desprendimiento de la mujer del pueblo cuando realiza un acto de su mayor satisfacción, ella era la que entregaba aquel oro, afanosamente recogido, al *traillero* de mozos de las montañas vascongadas o de los valles catalanes: ella era la que, domando sus instintos maternales en las pláticas con el cura guerrillero, azuzaba al hijo con la persuasión de su amor a defender la *santa religión de sus mayores*, poniéndole en sus manos el plomo homicida y rociándole con agua bendita para salvarlo de la muerte.

¡Defender la libertad de pensamiento sin contar con la mujer! ¡Regenerar la sociedad y afirmar las conquistas de los siglos sin contar con la mujer! ¡Imposible! Ella no puede vivir sin fe. Desconociendo la fe de la naturaleza, de la ciencia y de la Humanidad, se aferra a la que la enseñaron en la niñez, y sirviendo de dócil instrumento con sus sencilleces y sus ternuras a los enemigos de la Humanidad, de la ciencia y de la Naturaleza, se convierte en ariete que socava el edificio del progreso y el templo de la libertad!...

Así hablaba yo mentalmente aquella noche en que estudié *Las Dominicales*. De pronto alcé la frente, y vi delante de mí una mujer; la imagen de mí misma reproducida en el espejo. Confieso, amigo Chíes, que me reí, aunque con amargura, de los conatos de elocuencia redentora que había ido eslabonando en mi fantasía y, absorbiéndome luego distraída en la contemplación de mí misma, pregunté locamente al terso cristal que me reflejaba, pero no podía contestarme, el por qué del pensamiento, el por qué de la razón; el por qué de la vida; el por qué de todo cuanto existe y ha existido, y hasta el por qué de lo que no existió jamás. Después... difícil fuera desenvolver en palabras el curso de mis meditaciones, pero recuerdo que concluí por decirme: ¿Por qué no dejar salir fuera lo que late oculto en mi pensamiento? ¿Por qué no dejar que brote todo lo que se revela en el fondo de mi pecho? ¿No hay mujeres en mi patria? ¿No hay mujeres que piensen lo que pienso y sienten lo que siento? ¿No hay una pléyade femenina que trabaja heroicamente para el bien de sus hermanas, para la redención de las víctimas? Y esas mismas víctimas, ¿no llegarán a saber, por muy encerradas que estén en los gineceos modernos, por muy disipada que se halle su voluntad en la rutina y la ignorancia, que se pelea por salvarlas, a ellas o a sus hijas, y, poniendo en juego el poder de su debilidad, nos ayudarán desde aquellos rincones para la realización de la gran obra? ¿Pero acometer la obra de regeneración del librepensamiento no será arrostrar el sarcasmo, la sátira, la desestimación de los *prudentes*, de los *sensatos*, de los del *modus vivendi*, personajes respetabilísimos en el mundo del oropel, y los cuales, no hay duda, tienen grandes influencias en mi patria? Sí. No hay duda.

Retiré desalentada los ojos del espejo y tendiendo la vista por el aposento vi un solo punto luminoso, un retrato, el de mi padre, cuyos despojos ya estarán convertidos en polvo. Tenía, pues, detrás de mí la muerte; a mi alrededor, nada: ni las risas gorjeadoras de la niñez, ni el suave calor de la respetable ancianidad. El viril carácter a quien me unió mi corazón y mi palabra tiene bastante fuerza para defenderse solo... ¡Bah! después de todo —exclamé— no vale tanto mi personalidad, sola y escueta como se halla, que merezca ciertas consideraciones pueriles; lo que poco vale, nada pierde con los ataques de las fieras que asaltan los caminos de la vida. Además, la sublimidad de la idea, ¿no es digna del sacrificio de tanta vana consideración a que obliga a la mujer, sin agradecerlo, una sociedad puramente formalista?

Desde entonces sólo una ocasión faltaba a mi propósito. La casualidad la ha deparado en escucharle días pasados, y como la religión de la verdad, que predicaban *Las Dominicales*, necesita adeptos que, poseídos de la serenidad de la fe, haciendo de antemano el sacrificio de sí mismos, se coloquen decididamente a su lado, heme aquí, señor Chíes, que vengo a ofrecer mi entusiasta concurso a la causa del librepensamiento, con la medida del caminante que, viajando sólo, ni se precipita ni retrocede.

Y vengo a este campo de glorioso combate con creencias que por nada ni por nadie consentiré en perder, y que espero quepan holgadamente en el programa amplio y generoso de *Las Dominicales*. Ni por lo que soy, ni por lo que deseo, pretendo usurpar misiones: para usted y los suyos la lucha activa y vigorosa con los poderes, legislaciones o doctrinas imperantes; yo me contentaré con combatir a los enemigos, sean los que fueren, del hogar, de la virtud femenina, de la ilustración de la mujer, de la dignificación de la *compañera* del hombre. En una palabra, para ustedes lo rudo de la batalla, para mí el detalle de la pelea; la delicadeza o sutilidad, como si dijéramos, capaz de sorprender espías, descubrir emboscadas y señalar delatores. Esto no obstante, si alguna vez el propio celo de la verdad me lleva a su campo, desde ahora les suplico perdón, demandándoles de paso, con la mayor cortesía, el firme apoyo de su brazo de periodistas. Mi pie, aunque acostumbrado a caminar por sierras y despeñaderos, es, al fin y al cabo, un pie femenino, expuesto a tropezar en ciertos escollos. Mi mano, si bien acostumbrada a refrenar los potros bravíos de las dehesas andaluzas; si bien embastecida por las faenas de mi huerto y de mi casa, es mano de mujer, ni fuerte ni musculosa, incapaz de hacerse respetar ni por su rapidez en herir, ni por su firmeza en sostener. La vida del periodista es la vorágine monstruosa, dispuesta siempre a tragar al incauto o al débil, mas con el apoyo de su brazo y el escudo de su amistad pondré reparos al espanto que me causa.



Aquí tal vez se haga usted una pregunta; y por si se la hiciera, quede de antemano contestado. ¿De dónde sacaré esta mujer las armas para la lucha? Repitiendo unas frases que le oí, le respondo. Mi arsenal no está en las bibliotecas, está en la vida real; me sirvo para encontrarle del espíritu de observación; con él he ido *devanando* en mi cerebro hilo de todas clases, y puedo repetir con los dos primeros versos de la famosa relación del Tenorio, estos otros dos de mi cosecha:

Y en todas partes hallé
algo que guardar en mí

A contar desde hoy, de los devanadores de mi memoria se irán soltando cabos que habrán de desenredar los cajistas de *Las Dominicales*. Y al entrar en esa liza donde riñen rudo combate la luz y las tinieblas, voy a asentar la más alta y clara verdad de que estoy poseída.

NO VENCEREMOS: la húmeda tierra, como dijo Shakespeare, habrá extendido su frío sudario sobre nuestros huesos, y aún seguirá la batalla ensordeciendo con su estruendo las armonías de la naturaleza: el monstruo de las sombras, el verdadero monstruo apocalíptico, representación terrible de todas las ignorancias, las rutinas, las supersticiones, los egoísmos, las vanidades, las envidias, las sensualidades y las soberbias; esa esfinge de cien cabezas que afianza sus garras de tigre en las hueses de esclavos que alzaron las pirámides del Egipto, y sujeta con los anillos escamosos de su cola de serpiente, a los siervos de la Edad Media y a los proletarios de las sociedades contemporáneas, no se dejará vencer ni rendir sin revolverse con toda su furia de monstruo, con toda la poderosa fuerza que le presta una desesperada agonía; y nuestros esfuerzos, y los esfuerzos de esa juventud entusiasta que nos sigue, la cual ha empezado a conmovirse con el grito de la libertad del pensamiento, y los esfuerzos de otras cien y cien generaciones, serán impotentes para sepultarla en los antros de la muerte. Sí, ¡serán impotentes! Así es como tenemos que empuñar nuestra bandera; sin la esperanza limitada a nuestro corto existir terrenal; sin la esperanza encerrada en los estrechísimos horizontes de nuestra individual felicidad; así, solo así, podremos mirar de frente, sin que su luz enturbie nuestros ojos, al sol penetrante de la Verdad, astro eterno que en los cielos de lo inmortal traza sus órbitas gigantescas por encima de los hombres, por encima de los pueblos y de las razas, y de los siglos y de las edades, y de los mundos; ¡infinito como la luz y el movimiento! ¡inextinguible como la vida y el amor!... No venceremos, pero habremos sostenido el emblema de la humanidad a través del tiempo y del espacio: no venceremos, pero habremos servido a la razón y ceñiremos en nuestra frente la corona de humanos.

Ahora entremos con resolución en el camino de la Verdad, estrecho y orlado de precipicios. Al verme en él tiemblo, sin vacilar. Las alimañas más estrambóticas van a surgir a sus orillas; unas, como los dogos de la fábula de Cano, comenzarán a ladrar; otras se harán las mortecinas, a ver si tropiezo con ellas inadvertidamente; muchas, con la propiedad que tiene la cobardía de ensañarse contra los que imagina indefensos, entablarán un concierto de aullidos. ¡Qué afortunada sería si, creyendo usar la mejor arma, guardasen un profundo silencio! Para seguir, a buen paso, por un camino peligroso, no hay mejor que el silencio y la soledad; se llega antes, y se va con más seguridad. De todos modos, no hay que preocuparse; la caballerosidad no obliga a la tontería de defenderse de los pequeños. Mientras no entorpezcan el paso, adelante; si acaso molestan mucho, con unas cuantas quijas de buen pedernal, lanzadas a sitio seguro, y sin dejar de caminar, bastará a que despejen la senda.

Allá voy, comenzando la jornada desde mi *Rienzi el tribuno*. Lo que antes escribiese, lo rechazo, como nacido en una edad nebulosa, que tenía reminiscencias del candor y recuerdos (emocionales para la mujer) de la propia mística. Parto desde mi *Rienzi*; sigo con mi *Amor a la patria* y *Tribunales de venganza*; me acojo al *Cristo retorcido* de mi poema *Morirse a tiempo*; me refugio en aquella cámara de *Sentir y pensar* donde la *santa de corcho* veía impasible los egoísmos de una familia de creyentes; recojo mis páginas de *Tiempo perdido*, con su *paloma de azúcar cande* suspendida en los altares del sensualista por excelencia; y aquella colección de *Intermediarios*, especie que converge por una parte con el mono y por otra con el hombre; y encerrándome en mi *casita blanca* y *humilde* que también nos defiende de los *vientos perniciosos en que se revuelve la sociedad*, tendiendo enfrente de mí la *república de las aves* y los *espléndidos rayos del sol*, doy el primer paso en la redacción de *Las Dominicales*, con el afán de que el último que de en las sendas de la vida, despierte en mi alma el *amor que siempre tuve a la Libertad, y la vehemente aspiración de tener jalas!...jalas!*.

Queda de V. atenta amiga s.s.q.b.s.m.

ROSARIO DE ACUÑA
Pinto, Villa nueva, diciembre 1884



3 Carta a Roberto Castrovido. 5 junio 1918

<http://www.rosariodeacuna.es/obras/cartas/castrovi.htm>

Amigo mío:

A pesar de mi propósito de «darme por muerta» en esta patria, mala madrastra de todos los que quisieron ser sus mejores hijos; a pesar de mi resolución de irme a morir lejos de ella, sin acordarme siquiera de que nací española, es tal la indignación que producen en mi alma las iniquidades que van saliendo a la luz, al recordar los sucesos de agosto, que no puedo menos de hacer un paréntesis en mis propósitos y unir mi voz a ese clamor poderoso que surge, como lo único digno del actual Parlamento, lanzado a los anales de la historia española por los altos espíritus del comité de huelga y compañeros de diputación republicanos. Y ¡ojalá las generaciones futuras, al leer tantas vergüenzas, sientan la firme voluntad de no volver a sufrir semejante vilipendio!

Enlazadas al relato de aquellas escenas, brutalmente vesánicas, hacen falta las notas cómicas —y yo puedo darlas— ya que toda tragedia las necesita para hacer resaltar sus horrores.

Mi casa de Gijón, aislada sobre un rocoso escollo, domina por su altitud inmenso espacio, dentro del cual se extiende la población y varios kilómetros en redondo.

Sobre la villa, además del cuartel, se alzan dos conventos de jesuitas —el de los machos y el de las hembras (ursulinas)—, coronas de hierro y gases asfixiantes para este pueblo que, un día, fue demócrata, altivo, progresista, racional y valiente, lleno de ímpetus liberales; y hoy, está aplastado —así como suena— por las garras negras de una reacción socavadota, comidiera, disgregante, fétidamente retrógrada, que aviva las pasiones bajas y los vicios degenerados, que alienta las supersticiones productoras, desde la «echadura de cartas», hasta la peregrinación a santirulos de ermita. Reacción fanática, cruel, astuta y ostentosa, que enloda conciencias, castra energías, envilece voluntades y desmenuza, separa y corrompe, sembrando traiciones, desconfianzas, desalientos y cobardías.

Este es el escenario y su ambiente.

Llegan los sucesos de agosto. Usted ya sabe, como todos los que me conocen bien —y apelo al cultísimo escritor don Rafael Sánchez Ocaña, a quien tuve el honor de recibir en mi casa cuando vino a intentar hacer un periódico liberal-europeo de El Noroeste, de Gijón— lo aislada que vivo. Y también saben que ni soy socialista, ni anarquista, ni republicana: en el sentido redileo de estas adjetivaciones; nada que huelga a dogma, imposición y enchiqueramiento.

Además, dada la condición marroquí de la mayoría de los españoles, las mujeres que queremos «ser personas» —solo eso— tenemos que pasar, como cochinitas de circo, por bachilleras, petulantes, histéricas, etcétera. Las que se precian de no haber pasado por este aro es que tuvieron que pasar por otros peores.

Mujer de otro siglo, solo quise ser «poeta», desde mis siete años, en que hice el primer soneto; y, al fin, solo he conseguido ser pensadora «para mí misma», sin que por eso deje de estar sentimentalmente al lado de los sufrientes, vencidos, irresponsables o débiles y en contra de verdugos, hipócritas, brutos o vanidosos que forman la legión de los egoístas. Y solo por esta sentimentalidad escribí para el público dándoles a mis compatriotas aquello que imaginaba ser lo mejor de mi alma, sin pretender, a cambio, ni sacarles los cuartos ni siquiera esperar de ninguno el más leve pláceme.

Siendo así y viviendo de este modo, con sesenta y siete años a cuestas; sin otro poder, autoridad o representación de fortuna, posición, ni prestigio que mi desvalidez de mujer, de vieja y de pobre... ¿a quién podría ocurrírsele en serio que yo era una horrible revolucionaria?... ¿Escribí revolucionariamente?... No lo sé. Mas, aunque así fuera, las escritoras, en España, no podemos hacer más que revoluciones «blancas», como quería el señor Araquistain que fuera la de sus conciudadanos y yo, ni aún así, ejercí este apostolado.

Decir lo que se «cree» verdad y defender lo que se supone justo es una revolución más blanca que la leche, y con hacerle a una el caso que a cotorra loca todo estaba concluido.



Pues bien; a pesar de todo esto, sobre mí y mi casa se extendió en aquellos días, una leyenda negra: «Que yo había predicado el amor libre en los paseos de Gijón; que era una conspiradora de cuidado; que mi casa era centro de conciliábulos misteriosos a las altas horas de la noche» Esta prédica para la mema burguesía que parece vivir solo tragándose idioteces. Para el vulgo campesino que me circunda se hizo otra propaganda: «Yo era una bruja, que salía por la noche untada al tejado para hacer mal de ojo a vacas y chicos; era una perra judía que tenía un macho cabrío, y que azotaba la santa cruz los viernes». ¡Así, «así—aún—», corren estos dichos por nuestros desgraciados y embrutecidos pueblos ⁽²⁾.

Los «policías honorarios» de la villa, todos ellos ajesuitados, íntimos y militantes de las huestes reaccionarias, cuando ya tuvieron bien batido el basurero de estas absurdas infamias, entraron en campaña con las autoridades militares de Gijón. Telefónicamente oímos estas textuales palabras que la comandancia militar de la plaza dirigía a una persona: «Estamos locos con tanto anónimo y denuncias, falsamente firmadas, como recibimos contra esa muller. ¡Todo cosa de sotanas!»

Llega una mañana de agosto —olvidé la fecha— y a las tres empiezan a aporrear el portón de la finca. El pariente que, hace ya muchos años, se arrogó el derecho de defender mi persona y mi hogar de villanos ataques, habitaba en el piso bajo de la casa y yo en el alto. Y como nuestra vida es racional, nos levantamos y acostamos con la luz del día. «¿Llaman?», nos dijimos por el hueco de la escalera. «Yo voy», dijo mi compañero, y salió a abrir.

Se presentaron dos de Orden público y dos policías que, previa exhibición, exigida, del carné de identidad y la orden judicial militar de registro domiciliario, pasaron adelante. Al verlos bajé rápidamente. Se explicaron y portaron como personas correctas. Venían a buscar «las proclamas de Marcelino Domingo» que, en aquellos días se encontraban en Gijón hasta en las soperas y en el cuartel se recibían a centenares.

—Aquí tienen ustedes las llaves de mundos, librerías, muebles, etcétera; no encontrarán nada, les dije, porque, ni por casualidad, leí el artículo de que se trata y, es más, yo no necesito leer proclamas, si acaso, las escribiría, y, entonces, ya pueden comprender que no habría ninguna en casa.

Cinco horas duró el registro, sin tener ninguna queja contra los que, por su profesión, tenían que realizarlo.

A los dos días de esto corrió por Gijón la noticia de que habían encontrado en mi casa cheques y mazos de billetes de miles de francos; cartas escritas desde Inglaterra y Francia, libros pornográficos. (Esta fue labor germano-jesuita. No atribuyo a los policías oficiales estos infundios. Sus contrafiguras, los «honorables honorarios policías», serían los encargados de extender tales patrañas).

Pasan unos días. Segundo aporreamiento del portón a las cinco de la mañana. Cinco guardias civiles, uno de ellos vestido de paisano, con pico y azadón. Preséntanse, también, correctamente, y dentro de la férrea disciplina que los sujeta, más como a fieras que como a hombres, se les veía violentos, contrariados, al tener que hacer lo que se les mandaba. Venían a levantar el prado, en los alrededores de la casa, en busca de un enterramiento de bombas, armas, municiones y papeles que «habían visto que habíamos escondido».

Solo desde los dos conventos y el cuartel se puede ver con anteojos de muy largo alcance el prado delantero de mi casa. Con esto basta para suponer, lógicamente, de dónde venía la denuncia. Sin duda la vigilancia permanente a vista de pájaro que se tenía sobre mi vivienda, había creído ver enterramientos donde sólo habíamos estado apisonando céspedes del prado, levantados, ¡en mala hora!, por mis gallinas.

El guardia de paisano empezó la operación; cava por aquí y por allá; nada; el terreno por todas partes compacto. Se evidenció lo falso de la denuncia y se dispusieron a marchar los registradores; mas, antes, les invité a dar la vuelta por la finca, toda ella tapiada, y calar donde quisieran.

Llegamos a un sitio en que se tiene hecho un revolcadero para gallinas, una pequeña zanja, de una cuarta de honda por dos o tres metros de larga. «¿Y esto?», dijeron. «Esto —contesté— es para que tomen tierra las cluecas y sus pollos. Nosotros la llamamos trinchera, para estar a la moda de la guerra».

Mas era preciso que acabase aquel nuestro estado de intranquilidad y de peligro pues nosotros no podíamos evitar que la policía honorara pasase de lo platónico a lo positivo y se les ocurriera enterrar alguna bomba durante la noche para descubrirla al día siguiente.



Decidimos que yo escribiría al general Burguete y que mi compañero iría, comisionado, a llevarle la carta, enterándole de la estultez que se estaba cometiendo conmigo. Le escribí y, entre otras cosas, le advertí no se fuera a hacer conmigo lo que con Ferrer, aprovechándose de las circunstancias. Se le habló largamente y, muy cortés y con eficacia, comunicó al jefe militar de Gijón que «él, personalmente, respondía de mí» y además se pedía, según yo lo hice en mi carta, que estableciera una vigilancia policíaca de día y de noche alrededor de mi casa, para vigilarme y vigilar a los que pudieran asaltarla.

Desde aquel día hasta el levantamiento del estado de guerra estuvieron relevándose los agentes centinelas.

Los guardias se despidieron, yéndose plenamente convencidos de que nada había enterrado...

Al regresar de ver al señor Burguete, en Oviedo, se fue a visitar –por mediación suya– al jefe que hacía de capitán general de Gijón, y ¡aquí fue Troya! Así que se encaró con mi comisionado le increpó violentamente:

–¿Para qué fue a ver al general? ¡Aquí en Gijón, yo solo, yo solo soy el dueño de vidas y haciendas! ¿Lo entiende usted bien? ¡Soy amo de todo!

Mi compañero, correctísimamente educado por la Institución Libre de Enseñanza y cultísimamente instruido como abogado, le contestó con la finura y destreza que correspondía. Algunos empleados del ayuntamiento, en cuyo dintel de entrada se celebraba la entrevista, nos han dicho después que estuvieron temiendo que la emprendiese a bofetadas, o sacara el revólver y anduviera a tiros, como ya había hecho con otros paisanos de la villa. La calma con que se contestó a sus destemplanzas le exasperó más y continuó:

–¿Qué es eso de sacar aquí a Ferrer? En cuanto a esa trinchera que han hecho ustedes, hay que destruirla enseguida. Ya iré por allá a inspeccionar cómo está aquello y veré si cumplen mis órdenes...

¡Admirable! ¡Admirable! ¿Verdad, amigo Castrovido? La carcajada que yo solté cuando se me contó lo ocurrido debió de oírse en la celda del rector de los jesuitas, a tres kilómetros.

Excuso decirle que la trinchera sigue funcionando en el mismo sitio, porque, aunque hubiese venido el que hacía de capitán general aquí, yo le habría dicho, con todo el respeto que hay que tener al Ejército, que aquella trinchera no la quitaba porque... ¿en dónde habían de revolcarse las gallinas?

Desde aquel día tuvimos preparados los hatillos para ingresar en la cárcel, pues, pensando lógicamente, suponíamos ir a parar allí, toda vez que, por la ciudad, la trailla policíaca honoraria decía, a voz en cuello, que era preciso, «preciso», que yo durmiera en la cárcel. ¡Como si alguien fuera capaz de hacerme dormir en la cárcel!

Si hubiera tenido posibles, como dicen mis paisanas las madrileñas, me hubiera marchado de Gijón, como lo hice cuando, por zaherir a unos ultrajadores de mujeres, se me procesó y tuve que pasar dos años en la emigración.

Y no me habría ido por las molestias materiales del encarcelamiento: a mí no me pueden aprisionar más que los instintos de la animalidad, mientras estos estén sujetos seré completamente libre; ni aún el fusilamiento me hubiera aterrado: no saben ellos, ¡la ralea negra!, qué cumplidamente feliz me harían si acortaran la terrible jornada que aún me queda por andar de mi ya largo camino.

Por nada de esto hubiera huido de la cárcel, sino por el escarnio y el vilipendio que se hacía en mi persona –encarcelándome– al principio de justicia, honor y racionalismo de mi patria.

Pasaban los días de agosto y desde mi atalaya pude ver las escenas que se sucedían en los alrededores. Grupos de obreros huelguistas venían con sus cañas y sus avíos de pescar a las escolleras de la costa, y, al poco tiempo de estar en ellas instalados –a tres o cuatro kilómetros de Gijón y en plena soledad del mar– eran seguidos por patrullas de caballería que galopaban por encima de mieses y sembrados, aplastándolo todo, para alcanzar pronto la terrible conspiración de pescadores.



Los jinetes pálidos, desencajados los rostros por el terror, echaban los caballos encima de aquellos pobres hombres que venían por unos peces para la cena de los suyos y, con toda la violencia del miedo, metían las cabezas de sus cabalgaduras por las espaldas o los rostros de aquellos seres indefensos que, durante los dos primeros días de huelga, fueron dueños absolutos de Gijón, y que, si hubieran querido hubieran podido hacer de la villa un montón de escombros. Los caballos se resistían al atropello y entonces los soldados les decían a gritos: ¡Hala, palante!. Unos obreros huían despeñándose por los derrumbaderos o gateando por los peñascos; otros se sometían y eran llevados a Gijón.

Una señora que veraneaba en un caserón próximo, viuda de un comandante, y que, como nosotros, contemplaba esta caza de hombres, al pasar un grupo de obreros y militares por delante de ella no pudo contenerse y les dijo: «Pero, ¿por qué llevan ustedes presos a estos infelices?» El jefe de la patrulla se volvió como una fiera, diciéndole: «¿Quién es usted? ¿Quién es usted? ¡Su nombre, su nombre!» La señora, atortolada, le dijo quien era y al día siguiente tuvo que ir a la comandancia a responder de su delito, y gracias a que, por sus relaciones, pudo librarse de ir a la cárcel.

Hasta a los pobres labriegos de los alrededores les registraban sus casas, suponiendo que tenían huelguistas escondidos; y en la mía, a pesar de la garantía dada por el señor Burguete, y de los policías que nos vigilaban, vinieron otros, de orden del juez, a ver si escondíamos a jefes obreros.

¡Qué horror y qué irrisión!

¿Llegará para España el día reivindicador? ¿Qué piensa hacer la juventud demócrata, racionalista, consciente y viril? Antes de pudrirnos del todo ¿podremos, las viejas y los viejos, ver la revolución, aunque sea blanda, como alba de justicia y libertad?

¡Qué heroico esfuerzo tienen ustedes que hacer, los pocos varones capaces de contener este regresar descendente pavoroso de nuestra raza, si quieren que no terminé allá en las lejanas futuras de la humanidad siendo, como los micronesios, restos de una civilización desconocida de la prehistoria!

¡Ya lo dije hace años: se nos va imponiendo el tatuaje y las plumas en la coronilla con nuestra casta sacerdotal y todo!

De usted amiga, que le estima hondamente

Rosario de Acuña y Villanueva

Gijón, 31 de mayo de 1918

El País, Madrid, 5-6-1918 □



Rosario Acuña. Última estación de un viaje extraordinario

Fragmento final de *Una vida entregada a la búsqueda de la Verdad*, de Macrino Fernández Riera. www.ensayistas.org/filosofos/spain/rosario/introd.htm)

... A pesar de sus ansias de vivir los últimos años de su vida en paz y tranquilidad, su pluma tampoco podrá permanecer envainada cuando llaman a su corazón las víctimas de la insensatez de los gobernantes. Así sucederá durante una tormentosa noche del invierno de 1923 en la que un pesquero naufraga en los acantilados próximos a su casa. Los vecinos se movilizan y consiguen rescatar de las aguas a dos pescadores, a los que llevan a la vivienda de la anciana escritora, donde son atendidos convenientemente. Otros, menos afortunados, se pierden para siempre atrapados por el proceloso mar al no disponer en la zona de los medios precisos para su auxilio. La gente, acostumbrada a que periódicamente ocurran estas desgracias, se resigna a las pérdidas mientras se felicita porque haya habido supervivientes. Doña Rosario, indignada por aquellas muertes, escribe un duro artículo reclamando de las autoridades la adquisición del imprescindible material de salvamento marítimo, unas migajas del dineral que desde hace años se lleva sumergiendo en el mar para construir el nuevo puerto de Gijón, que, al fin y al cabo, no hará más que enriquecer a los que ya son ricos. Con "algunas rebañaduras" del ingente capital invertido en las obras bien pudiera haber siempre dispuesto "un bote insumergible, salvavidas, con cohetes lanza-cabos, teas, bengalas, maromas, bicheros, garfios de amarre, recias mantas y ropas de abrigo..." y "hombres avezados al mar, BIEN PAGADOS" que estuvieran prestos al auxilio de los naufragos (*El Noroeste*, Gijón, 19-1-1923).



La Casa y granja de Rosario y su compañero Carlos de Lamo en el *Cervigón*, de Gijón

No puede permanecer impasible ante la ineptitud y la injusticia que provocan dolor en sus semejantes; tampoco lo hace cuando es ella la víctima. Seis días antes de su muerte, el domingo 29 de abril de 1923, publica *El Noroeste* un escrito encabezado con su firma, seguida de la de varios de sus vecinos, en el que denuncia los destrozos ocasionados en las fincas del lugar por las evoluciones de decenas de soldados que tomaron los sembrados por campo de batalla: "los sembrados recién hechos, volteados impiadosamente al desafortunado correr de la tropa para combatir con más éxito al temido enemigo".

En la tarde del sábado siguiente, mientras se ocupaba de realizar algunas faenas domésticas, una de sus arterias cerebrales se obstruye, dejándola al borde de la muerte. El médico que acude a socorrerla no puede hacer más que acompañarla en sus últimas agónicas horas y certificar que el fallecimiento se produjo a las dieciocho horas, a causa de una embolia cerebral. Antonio L. Oliveros, el director de *El Noroeste*, había acudido a la casa del acantilado nada más conocer el estado de gravedad en el que se encontraba su amiga.



Tras el fallecimiento, su primera intención fue dar cuenta de la triste noticia, pero se le ruega que respete las disposiciones testamentarias de doña Rosario: "Prohíbo terminantemente todo entierro social, toda invitación, todo anuncio, aviso o noticia ni pública ni privada, ni impresa, ni dada de palabra que ponga en conocimiento de la sociedad mi fallecimiento". A pesar de que el domingo los periódicos no hicieron ninguna mención al respecto, la noticia de la muerte de la escritora corrió como un reguero de pólvora por la ciudad, razón por la cual el día del entierro muchas fueron las personas que se acercaron hasta El Cervigón para rendirle su último homenaje.

La representación de aquel acto debía de atenerse fielmente al guión que la dramaturga había escrito casi dos décadas antes. La escena debía estar acorde con la austeridad de la muerte: su cuerpo habría de ser depositado "en la caja más humilde y barata que haya" y conducido en el coche más pobre, "en el que no haya ningún signo religioso ni adornos o gualdrapas, de ninguna clase". Lo que ella no había previsto es que ni siquiera el humilde coche que esperaba en las proximidades de la casa resultara necesario, pues el féretro fue "sacado a hombros de obreros, que se disputaban ese honroso tributo". A decir del cronista, el féretro, que fue portado a hombros durante el largo trayecto, era seguido bajo una lluvia incesante por un numeroso cortejo fúnebre en el que destacaba la presencia de "caracterizados elementos obreros y otras representaciones del proletariado", además de dirigentes del Círculo Melquiadista, de las logias Jovellanos y Riego, del Ateneo Obrero y otras sociedades gijonesas (*El Noroeste*, Gijón, 8-5-1923). Una vez en el cementerio civil, tras escuchar con atención las últimas palabras que se pronunciaron en el acto, la comitiva despidió por última vez a quien había sido su ilustre vecina. Allí, en el otro extremo de la ciudad, en una sepultura en la que no habría de haber "más que un ladrillo con un número o inicial", reposarían para siempre los restos de esta mujer ejemplar.



El largo camino que había iniciado hace tantos años en las inmediaciones de la Puerta del Sol, el bullicioso centro de la capital de España, terminaba en aquel tranquilo lugar situado en las inmediaciones de una pequeña ciudad de provincias. Así lo había querido desde que en los primeros años ochenta decidiera alejarse lo más posible del artificio, la hipocresía y los convencionalismos que imperaban en la sociedad urbana. Había sido su deseo vivir al abrigo de la Naturaleza, atenta a sus ciclos y a sus ritmos, disfrutando de los espectáculos inigualables que ella le brindaba y de los efectos salutíferos que le proporcionaba. La vida en el campo era buena para ella y, pensaba, que también lo era para sus semejantes, razón por la cual pasó muchos años pregonando a cuantos quisieran oírle que la regeneración de la patria se hallaba lejos de las ciudades. Sin embargo, la sociedad española, la de la España de la Restauración, la de la España del Concordato, siguió el camino contrario, siendo miles y miles los compatriotas que, abandonando sus pueblos de origen, sucumbieron al reclamo urbano. También en este caso su vida se alejó de la normalidad ortodoxa. Al fin, ella cumplió su "deseo de vivir y morir en esta Asturias a la que conozco palmo a palmo". Allá reposan sus restos y, desde entonces, a los demás tan sólo nos queda su testimonio.□

Nota. El anterior texto, que, como hemos hecho notar en el comienzo, es un fragmento de otro más extenso de Macrino Fernández Riera dada su extensión. Por ello os damos aquí el enlace por si lo queréis leer completo –cosa que os recomendamos– y, además, os ofrecemos también el enlace a su documentadísimo blog que dedica a la figura de Rosario de Acuña y Villanueva y de la que hemos extraído mucho material para esta entrada.

Artículo: <https://www.ensayistas.org/filosofos/spain/rosario/introd.htm> **Web:** <https://rosariodeacu.blogspot.com/p/presentacion.html>

